

BIBLIOGRAFÍA

(Críticas y reseñas)

ARTERO RUEDA, Manuel, 2004: *El guión en el reportaje informativo. Un guiño a la noticia*. Madrid, Instituto Oficial de Radio y Televisión (IORTV), TVE, Colección Manuales Profesionales, 237 páginas.

Manuel Artero Rueda es periodista, un veterano reportero de TVE, tal vez, de momento, la única televisión que en España ofrece con continuidad verdaderos programas de interés periodístico, es decir, de interés social. Es el caso, por ejemplo y por antonomasia, del merecidamente reconocido Informe Semanal, espacio informativo de reportajes, el más veterano de la televisión europea -lleva emitiéndose en la cadena pública desde hace más de 30 años, concretamente desde el 31 de marzo de 1973-, y en el que trabaja Manuel Artero Rueda.

Esta introducción es pertinente para entender que nos hallamos ante una obra escrita por un profesional de la información lejano al mundo de la Universidad. Una obra práctica, aunque no le faltan ni mucho menos magníficas reflexiones acerca de lo que significa ser periodista y, ante todo, una sincera y acertada deliberación propia, filosófica, porque abarca el sentido del concepto de periodismo y el sentido de la realidad y de los sentimientos humanos. "Sobre un mismo tema no puede haber dos reportajes iguales", razona Artero en la Introducción. "Pero lo cierto es que unos funcionan y otros no, por lo que la subjetividad no significa hablar de incomprensibles categorías artísticas o profundos mensajes de poetas, escritores o pintores. Se trata, en realidad, de los logros, o desatinos, del oficio de un periodista..." (p. 17)

El libro tiene una estructura ordenada de lo esencial a lo concreto: los tres primeros capítulos están dedicados a la exposición de unas bases necesarias para entender el periodismo y su producto más señero: el reportaje. Y alegra mucho, la verdad, que las explique un avezado profesional porque en este mundo del periodismo a los docentes se nos encasilla como diletantes teóricos que nada sabemos del oficio, sin pensar que muchos de nosotros fuimos también periodistas y amamos el periodismo y nuestra docencia. Por eso no sorprende ya que en el prólogo de esta obra, titulado "El doctorado del oficio", Baltasar Magro, otro excelente periodista de TVE y ex director de Informe Semanal, alabe a su colega Manuel Artero oponiéndolo -con crítica o desdén algo hiriente- a los docentes de esta profesión: "Prefiero, sin dudar, aprehender de aquellos que viven con entusiasmo su oficio en el *frente de batalla*, que de sesudos especialistas de

la comunicación que jamás se han manchado los pies en el barro de los acontecimientos”. (Pág. 9)

Por eso decía que las reflexiones teórico-experimentales de Artero animan, porque amparan precisamente las enseñanzas que algunos de nosotros intentamos modestamente transmitir a nuestros alumnos. Las bases que el autor expone en los primeros tres capítulos son las siguientes: primero el peso de la historia, es decir, “encontrar sentido, dar con las claves o saber interpretar los hechos”. “Porque es precisamente ésta, la interpretación, la cualidad que puede y debe tener el reportero al realizar su trabajo: **contar una historia que esté compuesta de hechos basados en la realidad de la información.** Unos hechos que se deben informar y son importantes para distinguir entre el buen periodismo y el mal periodismo”. (Página 22; la negrita es del autor). Artero explica esta idea central con ejemplos muy bien escogidos.

La segunda base, que corresponde al capítulo 2, consiste nada menos que en dejar claro qué es realmente, periodísticamente, un reportaje: “Me refiero a la profusión de falsos reportajes aparentemente basados en la realidad y etiquetados para regalo como productos de investigación, realizados con cámara oculta, en los que los autores traspasan sin pudor esa contundente frontera que existe entre la información y el espectáculo. Porque muchos olvidan que la primera regla no escrita del reportero es que debe presentarse ante todos como periodista”. (Página 36). Este punto de partida, creo que imprescindible, lo ejemplifica con experiencias personales, con su conocimiento del periodismo norteamericano y europeo, con citas de teóricos-docentes y de enormes reporteros como García Márquez. Un capítulo sintético, veraz, claro.

Y la tercera base: la documentación. No hay tema, recalca Artero, por insignificante que pueda parecer que no requiera documentarse. “No se puede entender el presente sin saber del pasado. [...] La documentación está íntimamente relacionada, y esto es lo importante, con el enfoque que permitirá estructurar un reportaje.” (Pág. 42). Aparte de sus certeras reflexiones personales, el autor ilustra continuamente con ejemplos bien escogidos de su propia y dilatada experiencia como reportero de televisión.

A partir de estos tres pilares, encontrar el sentido de la realidad y del auténtico interés social, definir el qué y el para qué de esos relatos que llamamos reportajes y trabajar los contextos, antecedentes y posibles consecuentes (documentación) de las historias antes de empezar a concebir su narración, Manuel Artero se adentra en el rodaje de las historias periodísticas, pero no se centra en aspectos técnicos, mucho más fáciles de dominar, sino en lo más complejo, en aquello que necesita inteligencia emocional, ética y estética: el arte del encuentro con la imagen, con las personas, con las historias reales: “Y es que el rodaje es eso: la búsqueda de la imagen que fundamenta el reportaje, es decir la historia. Una búsqueda que, paradójicamente, no debe caer en la obsesión por la imagen, porque siempre da mejores resultados, hasta para el trabajo concreto del reportero gráfico, apasionarse por la historia que el equipo de filmación se trae entre manos. No es bueno obsesionarse siempre con las imágenes. Puede ser mejor pensar en apasionarse con las historias”. (Pág. 53)

En este capítulo sobre el rodaje no puede dejar de mencionarse el apartado titulado "La sensibilidad y el respeto. El abismo de los sentimientos". Es una lección de profesionalidad y de humanidad: "Responsabilidad y sensibilidad a raudales –reclama Artero-, dos categorías que a priori podrían parecer totalmente subjetivas, pero que son totalmente necesarias para abordar estos temas" [se refiere a las historias de interés humano y social]. (Pág. 73). No es posible acudir aquí a los perfectos ejemplos del periodista para explicar lo anterior. Hay que leerlo.

El autor aborda seguidamente el difícil tema de las entrevistas con buenos modelos. Y después la estructura narrativa del reportaje. Y vuelve a insistir en "el valor y el peso del verbo y la palabra", nunca inferior a ninguna imagen. Y en la necesidad de los testimonios: "En el fragor de la batalla informativa en la que cotidianamente trabajamos con límites muy estrechos de tiempo, en esa cotidiana 'écume de jours' a la que hacía referencia el genial Boris Vian, muchas veces nos olvidamos que la fuerza de una narración se puede encontrar, además de en la imagen, en el valor de los testimonios. De ahí la importancia que se debe dar a esa herramienta de oro que es la entrevista y la fuerza narrativa de la palabra". (Pág. 125)

La estructura narrativa de los reportajes que Manuel Artero explica con excelente docencia se refiere a aquellos basados en la visibilidad, los reportajes mostrativos, esos que se nutren de historias que hay que reconstruir literariamente, visualmente, con sus protagonistas y sus testimonios, esos reportajes que tan necesarios son para mostrarnos el mundo, para lograr la empatía. La empatía: esa posibilidad única de que podamos percibir otras realidades humanas y salir de los estrechos y pobres límites de nuestra individualidad, de que podamos comprender mejor la realidad y su sentido, la vida, de que podamos, en definitiva, ser algo mejores como seres humanos porque alguien nos hace saber. Alguien, el periodista, el buen reportero.

El guión en el reportaje informativo finaliza con unos lujosos anexos: los guiones de algunos reportajes emitidos por Informe Semanal. Un precioso, útil y didáctico cierre.

Este libro de Manuel Artero es necesario en las Facultades de Periodismo. Es admirable su cercanía, su sencillez, su sinceridad. Es la obra de un buen periodista: bueno como profesional, como ser humano, a la manera en que Kapuscinsky lo concibe. No trata de ningún territorio comanche, no hay aventuras ni protagonismos. Hay periodismo. Hay vida. Hay verdades como puños: "Los profesionales debemos plantearnos sin desmayos, preguntas y reflexiones acerca de nuestro oficio, porque aquí, el que no se autocritique y ejerza a diario el sempiterno ejercicio de la duda sobre su trabajo, lo más que puede aspirar a convertirse, aunque no se dé cuenta, es en una vieja gloria con orejeras" (Pág. 62). Hay auténtica dignidad profesional, tan necesaria siempre para los futuros periodistas que tratamos de formar.

MARÍA JESÚS CASALS CARRO

Universidad Complutense de Madrid

BERGANZA CONDE, María Rosa, 2005: *Periodismo Especializado*. Madrid: Ediciones Internacionales Universitarias. Prólogo de Francisco Esteve. 180 páginas.

Recopila lo que hay publicado sobre Periodismo Especializado, actualiza el campo, ordena y clarifica conceptos, refleja los debates abiertos y consolida el corpus académico sobre esta disciplina. Son cinco virtudes que inducen a celebrar la publicación de este texto nuevo con título no-nuevo –Montserrat Quesada (1998) y Fernández del Moral (2004) ya publicaron obras homónimas–. Y precisamente ahí, en el título, se puede localizar una debilidad editorial de este trabajo de Rosa Berganza: la segunda parte del volumen, cuatro de los nueve capítulos que lo componen, los dedica a la Unión Europea como objeto de especialización periodística, algo que los potenciales lectores no podrán saber, a menos que se aventuren a inspeccionar con cierto detalle el índice o lean esta reseña antes de realizar su compra o solicitar su préstamo en una biblioteca. El libro, por tanto, lleva una perla oculta; para algunos será una sorpresa, para otros puede que una oportunidad perdida de localizar lo que quieren. En cualquier caso, para el patrimonio teórico de las Ciencias de la Información en castellano, este trabajo significa ya un nuevo tramo de terreno conquistado al vacío editorial. Eso, por lo que respecta a los contenidos que nos presenta Berganza. En cuanto a las formas, esta joven académica, que ejerce actualmente su docencia como profesora titular en la Universidad Carlos III de Madrid, deja constancia de un tratamiento expositivo que, si se generalizase entre los nuevos autores, aseguraría un futuro próspero y riguroso para la Ciencia española en el campo del Periodismo y la Comunicación:

1. Concisión y completud. El libro tiene 180 páginas numeradas: no falta ni sobra, no hay partes “pegadas a la fuerza” para engordar el texto artificialmente, no faltan piezas para completar el mapa, nada se repite. La economía de lectura (tiempo invertido / contenidos leídos) produce dividendos interesantes para el lector ávido de aprendizaje.

2. Desarrollo con orden lógico y eficacia. Los capítulos y epígrafes se distribuyen con orden lógico, con coherencia comprensiva; el texto avanza sobre lo visto y las distintas partes se van dando paso de forma engarzada. Se presenta un planteamiento o se expone una idea y seguidamente se documenta, se ilustra, se desarrolla y se supera, es decir, permite el paso a otra. El contenido, completando unidades, progresa, no se enrevesa ni se pierde en retornos y anticipos. Las familias de asuntos, matices y referencias están agrupadas con nitidez.

3. Sólida base documental. Se recoge la producción teórica precedente de forma prolífera, abundante. Como dijimos, hay bibliografía publicada sobre el mismo asunto. Berganza la asume, la refiere, con exhaustividad. No en vano su bibliografía registra más de 200 asientos y no se trata de una bibliografía para decorar; las obras y autores están referidos expresamente a lo largo del libro, en cada tramo. Cuando Berganza hace referencia a un autor, expone condensadamente su planteamiento, su aportación teórica o experimental, el sentido de su influencia ulterior y el aspecto más destacado de su herencia en el campo tratado. Las citas son pertinentes, hacen avanzar al contenido, y la

voz de Berganza les deja paso sin parafraseos de autopromoción —tan habituales en los académicos que se empeñan en publicar, aunque no tengan nada que decir, que no es el caso—. El texto, por tanto, compendia y actualiza el corpus teórico.

4. Transparencia. Se recogen con rigor las polémicas, las discrepancias en las definiciones y demarcaciones de conceptos. La autora, después de exponer las distintas opciones con claridad, señala también con claridad cuál es la interpretación que ella defiende y por qué. Los vemos, por ejemplo, en el primer epígrafe del capítulo tres (pág. 54), cuando expone las diversas concepciones sobre el Periodismo Especializado y puntualiza expresamente: “No estamos de acuerdo con ello”, con relación a la idea de que es la selección de un tipo de contenidos la que determina la especialización. Lo mismo ocurre con la idea de que cada medio practica un tipo de periodismo especializado, “postura que no compartimos”, añade. Berganza refleja con rigor el estado de “florecimiento” en el que se encuentra la disciplina del Periodismo Especializado, que ni siquiera veinte años de historia en España. Admite Berganza el “carácter problemático de la definición y los límites de la disciplina”, pero afirma que ello “no implica que sea imposible esclarecerla”. En el mismo sentido, cuando recapitula planteamientos de otros autores, matiza con precisión: “Al hacernos eco de estas afirmaciones no estamos manteniendo que el periodismo de investigación sea igual al especializado, como a veces se podría deducir de la lectura de los textos de Quesada a este respecto” (pág. 64). También con claridad, cuando trata la formación más pertinente para los periodistas especializados en el capítulo cuatro refuta la idea —sostenida por otros autores y directores de medios— de que en Economía o Internacional lo importante es la formación en titulaciones propias, no periodísticas, y que en Deportes es prioritario “tener afición” y haber practicado alguna modalidad; ella añade: “Obviamente éste no es el modelo de especialización periodística que se propone en estas páginas” (pág. 85). De la misma manera, en otras páginas, señala los conceptos que no se pueden dar por consolidados por estar aún en proceso de definición o porque es previsible una pronta caducidad o necesaria revisión con datos empíricos procedentes de investigaciones de campo.

5. Redacción clara y precisa. Berganza no gasta florituras y no pierde matices. Cada idea cabalga en un párrafo, como en el periodismo de calidad, y cada párrafo, en frases directas y ordenadas, partidas a tiempo para no producir confusión, con acotaciones breves cuando son precisas y con valentía en el uso de la primera persona cuando es necesario.

6. Compromiso intelectual. En el capítulo cinco, el que cierra la primera parte, la que responde literalmente al título, nos propone un listado de catorce posibles líneas de investigación que precisa la materia para poder consolidarse y para solventar sus debilidades como parcela académica de las Ciencias de la Información: hay que superar la imprecisión del campo de estudio, los solapamientos con otros conceptos —periodismo de investigación, periodismo de precisión, prensa especializada, prensa de contenidos selectivos—, hay que investigar quiénes son los periodistas especializados, si existen distintas culturas empresariales en torno a la especialización, los efectos sobre la

credibilidad y la calidad del producto periodístico. Sólo quien ha trabajado, reflexionado y analizado a fondo un área de conocimiento es capaz de localizar con tanta agilidad las lagunas del marco teórico con el que se está abordando. Sólo quien conoce la producción académica actual sobre un asunto, se atreve a afirmar con tanta seriedad los frentes no atendidos. Y sólo quien se apasiona al menos un poco con lo que estudia, es capaz de compartir con tanta franqueza sus intuiciones sobre los futuribles. Controlar el discurso del pasado, conocer el presente y atreverse con el futuro es la perspectiva de todo compromiso intelectual.

El Periodismo Especializado está naciendo académicamente, y va con retraso respecto a la realidad. Su enseñanza se le ha encargado con frecuencia a profesores asociados, periodistas de prestigio que hacen un hueco en su quehacer periodístico para verterse en la universidad. Berganza cuenta que ya lo contaba Quesada hace siete años: hay que “promover la formulación del todavía inexistente cuerpo teórico de esta amplia materia” (pág. 108). Los cinco capítulos primeros de este libro apuntan a ello. Se traza el marco de la información especializada y su valor en la sociedad actual (Capítulo 1), se repasan sus antecedentes históricos (Capítulo 2), se describe el concepto y sus relaciones (de coincidencia y diferencia) con otros conceptos (Capítulo 3) y se unifican perspectivas dispersas sobre el perfil, las competencias, formación y responsabilidades del periodista especializado (Capítulo 4), además de lo ya visto en el último capítulo de la primera parte.

La segunda parte, titulada “La información sobre la Unión Europea como objeto de especialización periodística”, ofrece e interpreta datos procedentes de distintas investigaciones sobre la estructura de producción y consumo de esta información. Tablas sobre volúmenes informativos en distintos medios y zonas del mundo (Capítulo 6), usos y estructura de las fuentes (Capítulo 8) o consumo e interés de las audiencias (Capítulo 9). Es interesante que dedique un espacio (Capítulo 7) al debate sobre una sección de la Unión Europea en los medios. Berganza recuerda el caso del diario *El Mundo*, que apenas la mantuvo cuatro años. Decimos que nos parece interesante porque, como la propia autora hace notar, “los españoles continúan encontrándose entre los europeos que menos conocimientos poseen acerca de la UE” (pág. 116).

Un investigador se diferencia en muchas cosas de un charlatán. En la actualidad es posible que ambos publiquen libros con la misma calificación bibliográfica, en las mismas colecciones o con el mismo precio en el mercado, pero hay pistas que nos revelarán siempre quién escribe porque ha estudiado e investigado y quién escribe porque tiene amigos en el negocio. Cualquier lector, tan sólo con leer un capítulo de este texto de Berganza, sólo uno, cualquiera, sabrá muy bien en qué grupo se coloca esta autora.

CONCHA MATEOS MARTÍN
Universidad Complutense de Madrid

BLANCO ALFONSO, Ignacio, 2005: *El periodismo de Ortega y Gasset*. Madrid, Biblioteca Nueva-Fundación José Ortega y Gasset. 294 páginas.

Los que almacenan cierta carga de experiencia como miembros de tribunales que juzgan una tesis doctoral se van convenciendo, a la vista de las evidencias, de que hay fundamentalmente dos clases de trabajos que se presentan a este juicio (con unos resultados, por lo general, excesivamente benévulos). Los realizados con rigor y solvencia y los que han sido redactados para salir del paso, para que su autor obtuviera por la vía rápida el ansiado título de doctor. La calificación puede ser muy parecida para ambos tipos de doctorandos, pero eso tiene una importancia escasa, porque a la larga las consecuencias serán muy diferentes y les va a separar un abismo: el que media entre ser autor de una obra hecha a conciencia y el haber perpetrado algo absolutamente mediocre. Con el primero de ellos se podrá contar en el futuro y su trabajo recibirá el reconocimiento público en cuanto se publique, mientras que el segundo ha tocado techo con el título y ya puede olvidarse de emprender una carrera académica solvente (pero algunos persisten, con tesón digno de mejor causa).

La obra que vamos a comentar pertenece al primero de los apartados y su autor ha demostrado con ella lo sólidamente que inicia su andadura en la universidad, algo que nos congratula muy sinceramente. Varios años estuvo ocupado en el estudio de la producción orteguiana y el resultado fue reconocido en su momento por el tribunal y le ha permitido dar a luz el volumen *El periodismo de Ortega y Gasset*: basta ojearlo para apreciar la seriedad y el rigor con que ha sido abordada esta faceta del gran filósofo, no demasiado estudiada desde la perspectiva profesional en que nos movemos, por más que sea sustancial en su producción. Si además de ojearlo, lo leemos con atención, entonces apreciaremos sus cualidades, porque aplicar las categorías de los géneros periodísticos a la voluminosa obra de este gran pensador (y periodista militante) comporta una doble ventaja: nos permite profundizar en las aportaciones de Ortega a las páginas de la prensa y consiente que apliquemos los principios teóricos de nuestra especialidad a los textos de un autor sobresaliente.

La larga dedicación del filósofo a los periódicos le lleva a disponer de una cantidad ingente de material, que desde hace años viene siendo diseccionada hábilmente desde diferentes posiciones, pero a la que se ha prestado mayor atención por sus contenidos (es normal), que por los moldes que la conforman. Esta es precisamente la aportación del profesor Ignacio Blanco: observar cuáles fueron los géneros que cultivó Ortega y qué impronta dejó en ellos. De esa manera tenemos ocasión de transitar por sus artículos políticos y filosóficos, por los editoriales, la crítica literaria, la crónica viajera y hasta por las necrológicas, pues también en ellas impuso su estilo y las supo salpimentar con eficacia.

Los artículos políticos (en un sentido amplio), más que los filosóficos, representan el grueso de su contribución a la reflexión colectiva hasta el momento de iniciar su exilio en 1936. Muchos se refieren a los asuntos del momento que preocupan vivamente a los

españoles, mientras que otros, más densos y elevados, contienen doctrina política “inscrita en un sistema filosófico superior inherente a toda su obra”. A juicio de Ignacio Blanco eran muy importantes la argumentación, la ironía o el desenfado, pero más la imagen pública que supo proyectar, porque de entrada ya tenía ganado el público para persuadirle de sus juicios y opiniones: “Es decir, el *ethos* de Ortega, su reputación, actuó como prueba retórica de sus argumentaciones” (p. 280).

Aquí se distinguen como géneros pertenecientes a ámbitos distintos el ensayo (literatura) y el artículo filosófico (periodismo). En el caso de Ortega los primeros se construyen sobre la base de los segundos y, por lo tanto, conservan las cualidades específicas de lo que aparece en la prensa: “lectura ágil, urgente, dinámica; estilo impetuoso, rizado con giros vertiginosos, precipitados; exposición, a veces atropellada, de ideas inconclusas, así como el vaivén constante de unos conceptos a otros” (p. 281). Y así podríamos seguir con el análisis de cada uno de los géneros.

Gran parte de los libros de Ortega nació en la prensa, como se repite con frecuencia, o sea que el material con que se ha encontrado Ignacio Blanco es en buena medida la forma originaria de su producción literaria y filosófica. Puede decirse que en ese millar de artículos que fueron apareciendo en una cincuentena de publicaciones está la gestación y hasta la realización de su magna obra y por eso “no podemos ignorar por más tiempo la impronta tan determinante que el soporte periódico imprimió en los escritos de este autor, incluso en su propia concepción filosófica”, según avanza quien lo ha estudiado (p. 10). Es curioso, sin duda, pero no único ni original: sólo hay que tener en cuenta la influencia que el periodismo ejerce sobre la literatura que van creando algunos autores, porque ese medio recibió sus escritos en un primer momento y porque los lectores o el soporte condicionó su producción. Este es un terreno fructífero, donde encontramos como ejemplos esclarecedores los relatos que, en forma de folletín, aparecieron en la prensa del siglo XIX.

JUAN CANTAVELLA

Universidad San Pablo-CEU (Madrid)

CAMPS, Magí (coord.), 2004: *La Vanguardia. Libro de Redacción*, Barcelona, La Vanguardia Ediciones y Editorial Ariel, 495 páginas.

Casi dos décadas después del primero, *La Vanguardia* publica ahora su segundo Libro de Redacción, un texto con el que el diario catalán pretende mantener viva la tradición de los periódicos de calidad de elaborar sus propios libros de estilo para velar por la pureza del lenguaje y el rigor informativo. Esta tradición, muy arraigada en el mundo anglosajón, cuenta en España con ejemplos de prestigio -los libros de *ABC* y de *El País*, entre otros- aparecidos también en las últimas décadas. En 1986, en concreto, fue cuando apreció aquel primer Libro de Redacción de *La Vanguardia*, promovido por el editor Javier Godó con la colaboración del entonces director Francesc Noy.

Pero si la aparición de estos libros es moneda común en este tipo de diarios en los últimos años, en el caso de *La Vanguardia* cabe reseñar que sus antecedentes se remontan a más de un siglo. Fue en 1903 cuando su entonces director, Modesto Sánchez Ortiz, publicó *El Periodismo*, un ensayo en el que ya se formulaban propuestas encaminadas a conseguir esa corrección gramatical y ese rigor en los contenidos periodísticos del diario. Esas propuestas iban encaminadas también a preservar otros aspectos que *La Vanguardia* ha tratado de cuidar desde su fundación en 1881, según dice en el prólogo su actual director José Antich, y que se referían "al pluralismo en las opiniones y al tratamiento ético de todos los elementos que integran su oferta periodística" (p. 13)

La primera diferencia que podemos constatar entre los dos libros es la mayor amplitud del segundo -495 páginas, por 280 del primero-. Esta mayor amplitud procede del libro de redacción en sí, pero también de otros documentos que incluye el volumen, como son el ya citado prólogo, una historia de *La Vanguardia* a cargo del catedrático de periodismo en la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona, Josep Maria Casasús, el estatuto de la redacción y el estatuto del defensor del lector. En el prólogo se dejan ya claras las intenciones del libro al definirlo como "una herramienta primordial que apunta al objetivo de armonizar un estilo propio de redacción que enlaza con la mejor tradición de este diario y con la sensibilidad y los intereses generales de la sociedad a la que sirve" (p.14). Y en el estatuto del defensor del lector, el apéndice con el que se cierra el libro, se ratifican esas intenciones al proclamar que esa figura del defensor del lector se crea con la finalidad de proteger y garantizar "los derechos de los lectores, atender sus dudas quejas y sugerencias sobre los contenidos del diario y sus suplementos y para vigilar que el tratamiento de los textos, titulares y material gráfico esté acorde con las reglas éticas y profesionales del periodismo" (p.489)

El Libro de Redacción en sí se estructura en tres partes. En la primera se acometen las principales normas de estilo, los aspectos deontológicos, el tratamiento de las fuentes y los distintos géneros periodísticos. La segunda parte es un manual A-Z en el que aparecen ordenados alfabéticamente aspectos relativos a normas de estilo, gramaticales y de puntuación, vacilaciones ortográficas, normas sintácticas y semánticas, extranjerismos, neologismos, grafías para los alfabetos no latinos, discrepancias con el DRAE, lenguaje

políticamente correcto, latinismos... Y en la tercera parte se incluye una lista de topónimos y sus gentilicios con especial atención a los de las comunidades españolas bilingües.

Dentro del apartado dedicado a los géneros periodísticos se tratan las distintas formas que puede adoptar el mensaje. De forma pormenorizada aparecen la noticia, los breves, el reportaje, la entrevista, la crónica, el análisis, la crítica, la tribuna y el editorial. También se tratan las fuentes, el conflicto de intereses entre ellas, su identificación, las fuentes ocultas al lector, el *off the record*, los portavoces, los rumores... Como novedad respecto al antiguo Libro de Redacción se abordan también, con amplitud y detalle, los aspectos tanto periodísticos como éticos relacionados con la fotografía y la infografía. Por todo ello podemos afirmar que el presente libro de estilo no es sólo un libro de consulta para redactores o un conjunto de páginas donde se exponen los valores defendidos por el diario. Además puede constituir un texto de consulta para estudiantes de periodismo, al ser muchas de sus normas no sólo de obligado cumplimiento en La Vanguardia sino de indiscutible utilidad en cualquier medio de comunicación escrito.

PEDRO PANIAGUA SANTAMARÍA

Universidad Complutense de Madrid

CANTAVELLA, Juan y SERRANO, José Francisco (Coords.), 2004: *Redacción para periodistas: informar e interpretar*. Barcelona, Ariel Comunicación, 418 páginas

Redacción para periodistas: informar e interpretar es un libro colectivo que han coordinado dos profesores de la Universidad San Pablo-CEU: Juan Cantavella Blasco y José Francisco Serrano Oceja. Se trata de un manual teórico para estudiantes de periodismo, concebido como una especie de polifonía docente, buscando en cada autor de los 16 que han compuesto esta obra una representación académica cuyo crédito está fuera de toda duda. Lo difícil de estas obras colectivas es precisamente dotarlas de un sentido lógico y armonioso, sin disfonías, con voces diferentes pero complementarias, percibiéndose la unidad, como si se tratara de una melodía cantada en diferentes tonos y tiempos. Ambos coordinadores, Cantavella y Serrano, han sabido utilizar su batuta para conseguir la armonía conceptual que se encuentra en este libro sobre el aprendizaje del periodismo.

La obra está distribuida en 17 capítulos, cada uno de ellos firmado por un reconocido profesor/a. La estructura va de lo general a lo particular. Comienza por las bases interdisciplinarias del Periodismo, que defiende con poderosos argumentos Luis Núñez Ladevéze (“el objeto de lo periodístico es inseparable del estudio comprensivo del sentido de la acción humana”, afirma con evidente razón, p. 47). Sigue por el claro planteamiento de la teoría de los géneros periodísticos que elabora José Luis Martínez Albertos, a quien le debemos tanto en este campo. Esta cuestión se completa con el estudio de José Rodríguez Vilamor, autor de otras obras reseñables, sobre la transformación de estos géneros en el periodismo digital. María Alcalá-Santaella propone nuevos modelos narrativos en el periodismo digital y Bernardino M. Hernando ofrece una lección magistral sobre el siempre digno de atención lenguaje periodístico. Aquí se cierra esta primera parte, la que pone las bases. La segunda desglosa diversos aspectos fundamentales: la noticia (J.F. Serrano) y las noticias discursivas (Fernando López-Pan), la narración periodística (José Francisco Sánchez), los titulares periodísticos (María José Pou Amérigo), las fuentes en el periodismo informativo (Humberto Martínez-Fresneda), los lugares y los momentos de la documentación (Bernardino J. Cebrián) y el proceso de la producción informativa (Guillermo Raigón). La tercera y última parte se dedica al periodismo interpretativo. Comienza con un estudio muy actual sobre diversos aspectos del ejercicio periodístico de nuestro tiempo (José María Sanmartí); le sigue el reportaje (Susana Domínguez), la entrevista (Montserrat Quesada) y la crónica como explicación ya ineludible sobre la complejidad del mundo y de sus hechos (Juan Cantavella).

Como puede apreciarse en la descripción de la estructura de esta obra colectiva, los coordinadores han acertado de lleno en la selección y ubicación de temas y autores. Advierten en su presentación que vivimos en un tiempo de cambio de paradigma en la teoría y en la práctica de la comunicación y de sus medios, premisa con la que estoy en absoluto acuerdo. Esto no obliga, sin embargo, a prescindir del conocimiento del

Periodismo ni es excusa válida para decidir que todo vale igual o para desdeñar las bases que deben sustentar al periodismo aduciendo para ello indigentes argumentos sobre la libertad creativa o sobre el interés del público, por ejemplo y entre otros (que no son sino máscaras para ocultar la incompetencia o los inconfesados intereses empresariales).

Por el contrario, es en este tiempo de cambio cuando se hace más perentoria la reflexión y más necesarios los cimientos. Dicen también ambos coordinadores que “la redacción se ha constituido en la columna vertebral de la enseñanza del periodismo a lo largo de su historia en sus vertientes teórica y práctica”. Esta gran verdad, evitada por la presión de sociólogos fundamentalmente, se ha visto relegada en la concepción de los planes de estudio para los futuros periodistas cuando se ha querido recortar la redacción, esa columna vertebral, en los tramos docentes de las licenciaturas. El sentido del periodismo es el sentido de lo que se dice, cómo se dice, para qué se dice. Es el sentido de la indagación, de lo que significa realmente el interés general, el sentido de la búsqueda y de la pregunta. Y todo eso es redacción periodística, el alma, el sostén de la credibilidad de esta profesión.

No cambian las exigencias éticas ni deontológicas del periodismo porque haya otros modelos de comunicación. Al contrario, se reafirman. Y de esa reafirmación depende que la profesión del periodismo siga teniendo ese gran sentido social, tan necesario que si faltara sería inconcebible la convivencia democrática.

Este libro coordinado por Cantavella y Serrano refuerza afortunadamente lo que el buen periodista reconoce cuando se enfrenta al ejercicio de su profesión: que todo lo que sabe, todo lo que puede llegar a dominar, todos sus méritos y esfuerzos se reducen a nada si no logra una comunicación digna y eficaz. *Redacción para periodistas: informar e interpretar* quiere ayudar en esta muy difícil tarea docente y discente. Un valioso instrumento.

Cada capítulo contiene una escogida y amplia bibliografía que enriquece las posibilidades de profesores y alumnos. Es un buen libro. Ninguna de sus páginas se ha dejado deslumbrar por los fugaces brillos tecnológicos sino que apuesta por la serenidad y la sensatez. Como una armoniosa melodía coral.

MARÍA JESÚS CASALS CARRO

Universidad Complutense de Madrid

CASALS CARRO, María Jesús, 2005: *Periodismo y sentido de la realidad. Teoría y análisis de la narrativa periodística*, Madrid, Editorial Fragua, 568 páginas.

El último trabajo de la profesora Casals Carro, catedrática de Periodismo en la Universidad Complutense de Madrid, es, efectivamente, como dice el texto de la contraportada de cubierta, "una obra sintética, interdisciplinar, fruto de muchos años de estudio, investigación, reflexión y dedicación docente". Y yo añado aquí que es, en verdad, una obra admirable y necesaria para llegar a entender el papel del periodismo en el momento actual de la evolución civilizadora de nuestras sociedades.

En realidad, más que una reseña o crítica al uso dentro de las rutinas intelectuales de las comunidades universitarias, yo quisiera que estas líneas fueran una declaración de asombro y de admiración ante el libro que ha presentado la prof^a. Casals. En mis largos años de docencia e investigación sobre temas relacionados con el periodismo y las comunicaciones sociales, jamás me había encontrado con una construcción teórica sobre estas materias tan densa y original como es *Periodismo y sentido de la realidad*. Y al mismo tiempo, debo advertir que no es un trabajo de lectura fácil, más bien al contrario, aunque es evidente que el esfuerzo invertido resulta ampliamente compensado al final por el aluvión de nuevos enfoques y de originales y enriquecedoras ideas que su lectura despierta en el ánimo de un lector reflexivo y ya iniciado en estos ámbitos culturales. Hay también un dato de la biografía de la autora que nos permite saludar este trabajo con una justificada esperanza hacia el futuro: su edad, rondando el medio siglo, alimenta el convencimiento de que este libro puede ser el primero de una serie de textos en los cuales esta docente universitaria tenga la oportunidad de desarrollar buena parte de las innovadoras líneas de investigación que aparecen apuntadas en el trabajo que aquí estoy reseñando.

El libro está concebido y desarrollado en dos diferentes niveles, no sólo de pensamiento, sino también de método y de especialidad científica. Por una parte aparecen los tres primeros capítulos, donde el instrumento de análisis es una reflexión de corte claramente filosófica, dentro de la corriente de una Teoría de la Comunicación de marcada influencia europea. Y estos capítulos desembocan lógicamente en la bahía de una amplia y acogedora narrativa periodística (el capítulo IV), donde la autora lleva a cabo un deslumbrante ejercicio de análisis de una práctica productiva intelectual -el trabajo literario de los periodistas- a partir de una meticulosa observación sociológica y lingüística de los modos de comportamiento específicos de los profesionales de la comunicación. No obstante, ambos bloques son perfectamente coherentes entre sí y se complementan el uno con el otro. Posiblemente hubieran podido ser publicados por separado y no hubiera resultado cojo ninguno de ellos, pero su presentación conjunta enriquece el resultado final y otorga a este trabajo la consideración de obra señera verdaderamente maestra en su género y punto de partida obligado para sucesivas reflexiones sobre estas materias. Con absoluto convencimiento intelectual afirmo aquí que, en el campo de la investigación en nuestro país sobre el periodismo, el libro de

María Jesús Casals es un verdadero hito de referencia, puesto que, a mi juicio, marca claramente un antes y un después en las aproximaciones teóricas hechas en España acerca de la disciplina llamada Teoría del Periodismo.

El bloque primero, el de los tres primeros capítulos -“Sentido de la ciencia y sentido del lenguaje”, “Comunicación, medios, periodismo y sentido de la realidad” y “Lenguaje y creación de la realidad”-, se caracteriza por la utilización oportuna y aguda de una impresionante acumulación de materiales predominantemente filosóficos que permiten a la autora perfilar acertadamente su concepto de la realidad, en cuanto referencia obligada para el entendimiento de la función social del periodismo en el mundo contemporáneo. Sintetiza inteligentemente el pensamiento filosófico de nuestra época, muy bien apoyado documentalmente en su correspondiente trayectoria histórica, para situarse entre el dogmatismo y el relativismo, como los dos extremos que impiden el equilibrio no sólo para el individuo sino también para la convivencia democrática. En este debate histórico, la autora se sitúa en un justo medio, que, según ella, aparece fuertemente condicionado por un elemento informativo: “la necesidad de comunicación entre las culturas, de diálogo y debate, de conocimiento y de ampliación de la realidad”. Y dado que todo el pensamiento y toda la comunicación se construyen con palabras, el capítulo tercero está precisamente dedicado a la reflexión sobre las relaciones entre lenguaje y creación de la realidad. En este aspecto, la profesora Casals se mantiene fiel a la declaración de principios que en un momento determinado del libro expone con toda claridad: “Mis líneas de investigación universitaria van por ese camino: el mensaje en sus dos manifestaciones de construcción de lo real, aunque con diferentes grados: a) el periodismo como narración/interpretación/creación del sentido de la realidad; y b) el periodismo como literatura de ideas, opinión, la manifestación ideológica que abiertamente intenta persuadir o disuadir sobre lo preferible y rechazable de la realidad”.

El segundo bloque corresponde a las casi 200 páginas que configuran el capítulo IV -“La narrativa periodística”- y está elaborado metodológicamente con un evidente apoyo instrumental en una sociología de la actividad profesional de los periodistas. Examina detenidamente las operaciones lógico/lingüísticas, estilos y adaptaciones del lenguaje que están presentes en el proceso creador de la narrativa periodística, en un primer lugar. Seguidamente estudia todo el sistema de fuentes de que se valen los profesionales del periodismo para la elaboración y procesamiento de sus textos. Disecciona después el lenguaje periodístico en cuanto modelo estilístico del narrador para ir a una valoración innovadora y creativa de los géneros periodísticos dentro del marco conceptual de la Retórica específica del periodismo. Este capítulo dedicado a la narrativa se completa con unos epígrafes dedicados a glosar dos de los diferentes modos de escritura ya tratados por Aristóteles: la descripción y la explicación, a los que añade muy oportunamente uno nuevo de su propia cosecha: la secuenciación. Y termina con unas reflexiones sobre la narrativa periodística y el pseudo-reportaje propio de la escuela de Gunter Wallraff. Dentro de estas reflexiones finales, y al hilo de un ensayo sobre Furio Colombo a

propósito de una conferencia de Hans Magnus Enzensberger, la profesora Casals recoge una afirmación por boca ajena que responde también, según se desprende de la lectura de este el libro, a un convencimiento íntimo y profundamente enraizado en el espíritu de la autora: "¿Por qué escribir? Por una razón de libertad. La escritura que importa, sobre todo para el ejercicio de la libertad, es la escritura periodística" - dice F. Colombo. Y la catedrática de la UCM remacha todavía más esta idea acudiendo como apoyo intelectual a H. M. Enzensberger: "La calidad del reportaje depende, en primer lugar, del grado de libertad. En condiciones de libertad plena, el reportaje es, para el autor alemán, la forma más elevada y útil no sólo del periodismo sino también de la literatura".

La obra ofrece también un gran número de gráficos, cuadros y diagramas que el lector agradece muy cordialmente. La casi totalidad de estos recursos visuales son debidos a la elaboración personal de la autora y contribuyen no sólo a romper la monotonía del texto sino también a hacer más fácilmente comprensible los conceptos que son objeto de estudio. Es evidente, además, que para la realización de estos gráficos ha sido necesario una gran capacidad de síntesis y un gran rigor mental.

Como resumen final de esta reseña, deseo repetir una vez más que estamos ante un libro verdaderamente excepcional, que está destinado a ser una referencia necesaria y obligada para los estudiosos de estas cuestiones. Y no sólo es un libro necesario sino que, a mi juicio, es también una obra admirable porque refleja una síntesis perfecta en su autora entre una extensa erudición, nacida de una gran cantidad de lecturas, y un pensamiento propio y original altamente creativo.

JOSÉ LUIS M. ALBERTOS

Universidad Complutense de Madrid

ESQUIVEL, José Luis, 2005: *La prensa de Estados Unidos. Una aproximación histórica y crítica*. Monterrey (Nuevo León, México), Editorial Esquivel Esparza. 241 páginas.

Para quienes hemos tenido la suerte de conocer al doctor José Luis Esquivel, en absoluto nos llama la atención la abundancia de sus publicaciones ni la velocidad con que en los últimos tiempos salen de su obrador. Para ello sólo es necesario saber mucho y trabajar con envidiable tesón (¡ya ven, sólo es eso!), cualidades ambas que este veterano profesor de la Universidad Autónoma de Nuevo León (Monterrey) y antiguo alumno de doctorado en el departamento de Periodismo I de la Universidad Complutense posee sobradamente. A ello le está sacando provecho con trabajos como el que ahora comentamos, que se acaba de editar en su industriosa ciudad.

El análisis de la prensa norteamericana que ha realizado tiene un gran interés para el estudio de la historia del periodismo, pero para mí, que no cultivo directamente esta rama de las ciencias de la información, me atrae su contenido por la dirección que ha sabido imprimirle. Veamos a lo que me refiero: el doctor Esquivel no se ha limitado a proporcionar un centón de nombres y de títulos de cuantos que han surgido en aquel país desde 1690, algo que por sí sólo hubiera estado muy bien para el conocimiento de una prensa tan dinámica, sino que dentro del respeto a la línea cronológica, cada capítulo es una recreación del elemento más sobresaliente del momento. Así se suceden las exposiciones que hacen referencia al impulso hacia la libertad que se halla en los comienzos de su existencia, la temprana presencia de la mujer, la entrada del amarillismo, la irrupción de la prensa de masas, los orígenes de la pirámide invertida, la llegada de los "muckrakers", las cadenas periodísticas, los topetazos contra la censura y la manipulación o el relieve que toma el llamado "Nuevo Periodismo" en un momento de cierta rutina en la presentación de los contenidos.

Como se ve, el estudio diacrónico de los géneros periodísticos se enriquece de esta manera con las aportaciones que nos llegan de materiales diversos, porque si nos paramos en aquellos capítulos obtendremos datos y referencias muy suculentos para observar las tendencias que se van instaurando. Ahí están los movimientos que apostilla en cada momento de su evolución, como la lucha por contar con las noticias más sobresalientes en los primeros tiempos del periodismo informativo: aquellas embarcaciones tripuladas por recios remeros ("news boards") que salían al paso de los buques que se acercaban a los puertos de la costa Este desde Europa y que traían noticias frescas, aunque fuera en los diarios que se pondrían a la venta cuando atracasen en los muelles. Lo hizo, por ejemplo, James Gordon Bennett en los años treinta del siglo XIX, cuando logró que *The Herald* alcanzara de esta manera unas tiradas antes impensables. Eran soluciones imaginativas que precedieron a las soluciones tecnológicamente avanzadas, como la utilización del telégrafo, la apertura de correspondencias permanentes o la presión para que un redactor fuera admitido de forma permanente en el Congreso para cubrir informativamente las sesiones.

Destaca también el profesor Esquivel un hecho notable, el que serviría para introducir

la entrevista en los periódicos posteriores, así como en el resto de medios de comunicación a medida que han ido conformándose. En 1836 al mismo Bennett se le ocurrió que sería interesante para los lectores del *Herald* el contar con las preguntas y respuestas literales de una persona que podía aportar detalles significativos sobre la muerte traumática de una prostituta. Aquella forma de interrogar a una fuente, pero no para añadir contenido a una noticia, sino para presentar como texto diferente lo que ya se conocía en las informaciones policiales y judiciales, ofreció al público la posibilidad de asistir, como si estuvieran sentados en primera fila, a las declaraciones de los implicados o de los testigos. El salto hacia la reproducción literal de una conversación, que tuviera valor por los datos que aportaba, por las opiniones que obtenía o por las revelaciones personales, la dio por entonces Bennett y hay que agradecerle que tuviera esa visión tan preclara sobre lo que a los lectores podía interesarles.

Algo más habría que añadir en este campo de la información de sucesos y es la deuda que tiene con ella el periodismo de las primeras décadas del siglo XIX. No solamente por la dependencia de la entrevista y del reportaje, que en sus comienzos estuvieron muy vinculados con ella, sino sobre todo por el aprovechamiento que se hizo (y se sigue haciendo) en la prensa, y también en los medios audiovisuales, de su gancho de cara a los lectores. Lo vemos en distintos capítulos del libro que estamos comentando.

En fin, baste con lo dicho para que podamos apreciar el valor de esta obra y felicitar por ello al doctor José Luis Esquivel. Bien es verdad que no se trata de un estudio exhaustivo ni de una investigación original, sino más bien una divulgación de un tema que ha estudiado y enseñado su autor, pero la síntesis está muy bien realizada y será de gran provecho para quienes se acerquen a sus páginas.

JUAN CANTAVELLA

Universidad San Pablo-CEU (Madrid)

GRIJELMO, Álex, 2004: *El genio del idioma*, Madrid, Taurus, 257 páginas

FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, Pilar (Coord.), 2004: *El español en la prensa escrita*, Madrid, Fundación Universitaria San Pablo-CEU, 172 páginas.

Estos dos libros, de muy diferente factura uno y otro, nos ponen de relieve un fenómeno que afecta positivamente en estos días a los profesionales del trabajo periodístico: la preocupación cada vez más generalizada por la corrección y la precisión idiomática en el uso del español. En el caso particular de Álex Grijelmo -presidente de la Agencia Efe desde junio del 2004-, a su extensa trayectoria como autor de varios y meritorios trabajos, inscritos en esta línea dedicada al cuidado de la lengua común de los españoles, se unen ahora sus esperanzadoras iniciativas como promotor de la Fundación del Español Urgente (Fundéu), creada por la Agencia con el patrocinio de la entidad bancaria BBVA. Esta fundación, en efecto, tiene como objetivo "proporcionar criterios uniformes de uso del español y ofrecer respuestas rápidas ante cualquier duda lingüística, con el fin de evitar el mal uso del español, los barbarismos y la invasión indiscriminada de neologismos", puesto que su misión preferente es "la defensa del idioma español a ambos lados del Atlántico, especialmente en los medios de comunicación, cuya influencia en el desarrollo de nuestra lengua es cada vez mayor", según dice el folleto informativo que la Agencia Efe ha divulgado con motivo de la puesta en marcha de las actividades de Fundéu, al frente de cuyo Patronato está el director de la Real Academia Española.

El genio del idioma es una nueva vuelta de tuerca en la serie de libros que su autor ha dedicado con gran generosidad intelectual a la vigilancia y estudio de la lengua española: *El estilo del periodista* (1997), *Defensa apasionada del idioma español* (1998), *La seducción de las palabras* (2000) y *En la punta de la lengua* (2004, con una todavía fresca reedición en este año de 2005). Grijelmo arranca como punto de partida de la acepción número 6 que el Diccionario de la Lengua Española atribuye al vocablo *genio*: "Índole o condición peculiar de algunas cosas, por ej. *El genio de la lengua*". Y a partir de aquí desarrolla con gran agudeza y profundo conocimiento de la realidad lingüística del castellano actual un conjunto de aspectos que tienen que ver con la realidad cotidiana del buen o mal uso del español. El número total de estos aspectos singulares asciende a 16, que se convierten así en capítulos del libro, y todos ellos están enfocados desde un prisma donde la erudición se combina acertadamente con un alto sentido del humor, como se descubre ya en el simple enunciado de sus respectivos epígrafes: el genio del idioma tiene un reloj, el genio del idioma es lento, es analógico, es tacaño, es caprichoso, es pacifista, es melancólico, etc. Y termina con una recapitulación global: "Quién es el genio del idioma". Y responde Álex Grijelmo: "El genio del idioma lo formamos todos los hablantes de nuestra lengua que hemos pisado la tierra desde que este idioma nació (...) La lengua es la mayor de las democracias, no sólo porque las decisiones las acaba tomando o ratificando el pueblo sino porque agrupa también a los que nos precedieron y a los que vendrán. Como escribió Eugenio

Coseriu, el lenguaje no es la actividad de un sujeto absoluto, sino de un sujeto histórico”.

Como se deduce de lo dicho, este trabajo de Grijelmo, a diferencia de otros anteriores (en especial *El estilo del periodista*), no está centrado especialmente en las características específicas del uso o abuso que los periodistas hacen del idioma español, sino que plantea la cuestión desde una perspectiva global que afecta al universo de todos los hispanohablantes. Pero también es cierto que a lo largo de sus páginas el autor hace una continua llamada a la conciencia y responsabilidad de aquellos que por razones profesionales están en mejores condiciones que los demás mortales para ser espejo y modelo de los individuos que integran el pueblo sencillo: los letrados y los académicos (es decir, los historiadores, los maestros y educadores, los periodistas y, por supuesto, los doctos integrantes de la RAE). En resumen: Álex Grijelmo nos ofrece con *El genio del idioma* una reflexión desenfadada acerca de lo que podríamos entender como las huellas genéticas de la lengua española. Y esta reflexión aporta una enorme cantidad de datos y de sugerencias que pueden ser de extraordinaria utilidad para todos aquellos que tienen cierta capacidad de liderazgo respecto al comportamiento lingüístico colectivo de los hispanohablantes. Y entre estos líderes del uso idiomático están, evidentemente, los periodistas y demás profesionales de la comunicación de masas.

El segundo libro -*El español en la prensa escrita*- ofrece unos rasgos formales totalmente diferentes, aunque su contenido es muy similar: la preocupación por el buen uso del idioma español, en este caso particular, en los textos que ven la luz en los diferentes medios del periodismo impreso. Este volumen se nos presenta como un *reader-book* resultado de las ponencias y comunicaciones defendidas en un congreso que organizó en Madrid la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Comunicación de la Universidad San Pablo-CEU. Un total de diecisiete autores exponen aquí sus respectivos enfoques y valoraciones acerca de este importante asunto que, una vez más, pone en relación, unas veces armoniosa y otras enfrentada, los productos literarios del periodismo con la norma lingüística que patrocina la Academia. Es de lamentar en este libro que no aparezca en sus páginas ninguna referencia que permita saber cuándo ni dónde se celebró dicho congreso: en efecto, se echa de menos en el texto una introducción, como suele ser habitual en estos casos, donde se informe sobre los datos de tiempo y espacio que permitan al lector situar cronológicamente un acontecimiento como éste, merecedor de alabanza y consideración por el especial relieve de sus participantes.

El cuadro de ponentes está aquí integrado por los filólogos Humberto López Morales, secretario general de la Asociación de Academias de la Lengua Española, y Alberto Gómez Font, responsable del Departamento de Español Urgente de la Agencia Efe y actual coordinador general de la Fundéu anteriormente citada, y los periodistas Juan Espejo Salmerón, del diario ABC, y Antonio Papell, del grupo Correo-Prensa Española (actualmente VOCENTO). Entre los presentadores de comunicaciones

predominan los profesores universitarios de diversos centros españoles (Madrid y Valencia, de modo especial), con el aliciente de que algunos de estos docentes acumulan en su currículum no sólo el ejercicio de la enseñanza, sino también la práctica profesional del periodismo. En conjunto, el volumen es un texto muy equilibrado y de gran interés, que ofrece múltiples perspectivas para el análisis de un tema -el uso del español en los medios periodísticos escritos- que engloba y proporciona una línea de continuidad unitaria a las diferentes aproximaciones. Además de las cuatro ponencias que abren estas páginas, del bloque de comunicaciones dos me han llamado especialmente la atención: la de María del Carmen Ruiz de la Cierva, de la Universidad Autónoma de Madrid, sobre "Convicción y persuasión en la retórica del lenguaje periodístico", y la de Juan Cantavella, de la Universidad San Pablo-CEU, titulada "Interés del periodista y periódicos por el buen uso de la lengua en los medios". La comunicación de la profesora Ruiz de la Cierva es un trabajo de un extraordinario rigor académico y lleno de interesantes sugerencias para el conocimiento y reflexión de los profesionales del periodismo, mientras que el ensayo del prof. Cantavella nos brinda un texto muy documentado, tanto en lo que se refiere a nuestra reciente historia doméstica como en las referencias a las últimas novedades, acerca de las diferentes manifestaciones e iniciativas que periodistas y empresas informativas han puesto en marcha para vigilar constructivamente el uso adecuado del idioma español en los medios que en cada caso están sometidos a su control y responsabilidad.

Ambos libros aquí reseñados nos permiten llegar a una conclusión claramente esperanzadora: tanto en los ámbitos universitarios como en el campo profesional hay actualmente en España una seria preocupación por vigilar cuidadosamente el uso que los profesionales del periodismo hacen del idioma español en los diferentes medios de comunicación colectiva. Desde diferentes perspectivas y con métodos expositivos muy diversificados, los dos libros aquí comentados dan fe de esta saludable tendencia en la actual fase evolutiva de nuestro periodismo. Ojalá que esta llama se mantenga viva durante mucho tiempo y que nuestros profesionales sean capaces de asumir responsablemente el compromiso social de convertirse en perros vigilantes eficaces de la corrección idiomática en todos los medios de la comunicación periodística.

JOSÉ LUIS M. ALBERTOS
Universidad Complutense de Madrid

KOVACH, Bill y ROSENSTIEL, Tom, 2003: *Los elementos del periodismo*. Madrid, Ediciones El País, 284 páginas.

Los congresos (así, con minúsculas) deberían avivar debates y suscitar proyectos. Deberían *sí*: y el condicional esta vez no es periodístico, ni de rumor. Deberían hacerlo *si* las cosas se desarrollaran de un modo lógico. Pero todos sabemos que muchos congresos son simplemente Congresos: se agotan en la jornada de clausura y sirven, fundamentalmente, para llegar a esa jornada de clausura con algo que clausurar. Por eso, lo primero que se agradece –y hasta sorprende– de *Los elementos del periodismo* es su origen. La obra de Kovach y Rosenstiel, según resaltan los propios autores (pág. 17), nació en una especie de congreso: un grupo de veintitrés periodistas decidió debatir sobre el futuro de la profesión. De hecho en el propio texto se incluyen frecuentemente encuestas e intervenciones procedentes de esos encuentros entre periodistas. La investigación y el desarrollo teórico de este libro, sin embargo, pretender ir mucho más allá de las consabidas actas de un Congreso determinado. Y lo consiguen.

Para empezar, merece ser destacada la sencillez del planteamiento. Las líneas básicas del libro están perfectamente definidas. Desde el primer momento, los autores marcan un terreno, un enfoque, un modo de entender la profesión: “El periodismo es una narración con un propósito. Ese propósito consiste en proporcionar al ciudadano la información que necesita para comprender el mundo. El primer desafío es encontrar la información precisa para que viva su vida; el segundo, que sea significativa, relevante, atractiva” (pág. 204). Sin embargo, la realidad diaria muestra un periodismo cada vez más atezado y constreñido: por la publicidad, por la propaganda, por los gabinetes de prensa, por los grupos de presión, por la sumisión a los índices de audiencia. En definitiva, las aguas del periodismo parecen haberse diluido en el océano inmanejable de la comunicación (pág. 16)

Kovach y Rosenstiel proponen nueve ideas (o *elementos*) para restaurar la credibilidad de los periodistas. Y no es casualidad que el comienzo de tal doctrina reparadora sea éste: “La primera obligación del periodismo es la verdad” (pág. 18). A partir de ahí, se receta lealtad a los ciudadanos, disciplina de verificación, independencia, esfuerzo para ejercer el control del poder, voluntad de ofrecer un foro público de crítica, imaginación para elaborar mensajes sugerentes y al tiempo relevantes, exhaustivos y proporcionados, y respeto a la conciencia individual de los periodistas. En realidad, todo el resto de la obra, *Los elementos del periodismo*, viene a ser un desarrollo de estos nueve principios básicos. Principios que, al final, acaban dependiendo jerárquicamente de uno que no admite rebajas ni notas a pie de página: *el periodismo busca la verdad y se fundamenta en la verificación de los hechos*. Curiosa medicina para males tan modernos como los señalados más arriba. Resulta que la propuesta de Kovach y Rosenstiel consiste en volver al periodismo puro y de calidad, basado en la integridad ética y en la minuciosa comprobación de cada dato. Es decir: un periodismo que podríamos considerar clásico, sensato, cabal.

Este discurso sobre la necesidad de volver a los orígenes (no, claro está, en el sentido histórico, sino en el teórico) acaso pudiera parecer tópico. El mismo discurso plano y previsible que tantas veces hemos leído o escuchado ya. No es así. Los autores quisieron generar debates y suscitar la reflexión, y lo consiguen incluso cuando defienden las obviedades más irrefutables. Por ejemplo, resulta muy estimulante la comparación establecida entre periodismo y cartografía. Ambos sirven para conocer el mundo y manejarse mejor en él: "Al igual que sucede con cualquier mapa, el valor del periodismo depende de su exhaustividad y proporcionalidad de objetivos. Los periodistas que dedican a un juicio sensacionalista o al escándalo de un famoso más tiempo del que saben que merecen porque saben que venderán son como los cartógrafos que dibujaban Inglaterra o España del tamaño de Groenlandia porque sus clientes lo agradecían. A corto plazo, el error tenía gran rentabilidad económica, pero aparte de confundir al viajero, a la larga destruía la credibilidad del propio cartógrafo" (pág. 225). También es muy sugerente el modo en que se aborda el manido y trilladísimo concepto de 'objetividad': "La objetividad apelaba a la necesidad de que los periodistas elaborasen un método consistente de verificación de información -una forma de aproximarse a los hechos de modo transparente- precisamente para que los aspectos personales o culturales no interfirieran en la veracidad de las noticias" (pág. 102). Todo esto, por supuesto, para escándalo de quienes no quieren que se hable jamás, en ninguna circunstancia, de *objetividad*, porque *sienten* que en la subjetividad se está más cómodo: reconozcamos que llevan razón, porque ahí casi todo vale. Pero recordemos enseguida la idea de Kovach y Rosenstiel: la objetividad no se refería al sujeto (el periodista), sino al método de trabajo (la verificación).

Asuntos como la colisión entre mercado y periodismo también son analizados en el texto, que incluso ofrece sugerencias para superar el conflicto con solvencia. En definitiva, se trata de una obra en la que se combina el aspecto ético (la verdad, o la búsqueda de la verdad, es el punto de partida del trabajo periodístico) con el estrictamente profesional (la verificación constituye la esencia del periodismo). El resultado es más que aceptable. La solidez teórica no responde a un patrón vanamente academicista. Está más bien basada en un incuestionable sentido común. Se fundamenta en el orden expositivo y en la trabazón de los argumentos. Algo especialmente complicado cuando se abordan asuntos tan dispares como los que aparecen en este libro.

JAVIER MAYORAL SÁNCHEZ

Universidad Complutense de Madrid

LÓPEZ HIDALGO, Antonio, 2005: *El periodista en su soledad*, Sevilla, Comunicación Social. Ediciones y Publicaciones, 196 páginas.

En una primera toma de contacto con estas páginas, lo primero que llama la atención es la galanura de su estilo. He aquí una muestra extraída de la Introducción: "Se las dedico a Pepe Guzmán, un amigo que se nos fue una noche anunciada con la certera convicción de que la vida ya le sobraba y de que su obra periodística es una joya que se oxida en las hemerotecas. Sin embargo, sé que, un día cualquiera, un doctorando avisado encontrará en estas páginas amarillentas de ayer la obra de un gigante, aunque su modesta estatura no le permitiera pasear nunca del brazo de aquella joven periodista de la que se enamoró incansablemente y cuyo amor inconfesable fue apagando con copas de aguardiente dulce y café negro en los inhóspitos amaneceres de otros inviernos olvidados". Al Pepe Guzmán, profesional del periodismo sevillano fallecido en el año 2001, le dedica posteriormente el autor unos emocionados recuerdos en el capítulo cuyo título da precisamente el nombre a todo el libro: "El periodista en su soledad".

Según confesión propia, este no es un libro académico. Recoge conferencias, ponencias inéditas y breves trabajos de investigación publicados en alguna revista científica o en libros capitulares. Otros ensayos han sido escritos intencionadamente para ser incluidos en este volumen. "El lenguaje -explica el prof. López Hidalgo- es claro y conciso, aunque en ocasiones atrape algún guiño metafórico para aderezar el caldo de la prosa". Y en estas palabras está resumido el secreto de esta obra. No es un libro académico en sentido estricto, pero el autor no ha podido prescindir de su condición de profesor universitario para dejar plasmado en la mayor parte de los capítulos un talante docente que él mismo pone de manifiesto en las páginas introductorias: "Recojo datos e informes, estadísticas y declaraciones de personajes conocidos, pero alimento los textos con mis propias opiniones, e incluso en muchas ocasiones la información que ofrezco no tiene otro fin que afianzar aquellas convicciones que quiero compartir con el lector, o al menos dar a conocer puntos de vista con la sinceridad de quien no esconde el puño cerrado a sus espaldas y, por supuesto, ofrecer ángulos diferentes desde donde podremos observar determinados aspectos de la profesión periodística". López Hidalgo, en efecto, es un brillante profesor de Redacción Periodística en la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la Universidad de Sevilla y dispone ya en su currículo de un abundante repertorio de manuales universitarios y obras de investigación que están siendo utilizados con profusión en los centros universitarios dedicados a estas materias específicas del mundo de la comunicación colectiva. Algunos de los títulos anteriores más significativos, dentro de este terreno particular ubicado en el campo de las Ciencias Sociales, son los siguientes: *Las columnas del periódico* (1996), *La entrevista periodística. Entre la información y la creatividad* (1997), *El periodismo que viene* (1997), *Las entrevistas periodísticas de José María Carretero* (1999), *El titular. Manual*

de titulación periodística (2002), *Cuentos que fueron noticia* (2002) y *Géneros periodísticos complementarios. Una aproximación crítica a los formatos del periodismo visual* (2002). Dentro de esta parcela del saber científico, el prof. López Hidalgo está trabajando con gran aprovechamiento en la investigación sobre la teoría y la práctica de los géneros periodísticos.

Pienso que una vez expuesto todo lo que precede, el lector de estas líneas puede tener ya una visión muy cercana a la realidad acerca de qué va a encontrarse con la lectura de las paginas de *El periodista en su soledad*, prolongado con un subtítulo que aclara todavía más el contenido del volumen: "De cómo la precariedad en el trabajo condiciona la ética y la independencia del profesional, y otras respuestas sin pregunta". El autor, efectivamente, articula el libro sobre lo que él califica como tres esquinas apasionantes del periodismo: "El conflicto que puede provocar un texto publicado, las condiciones de trabajo de los periodistas y los límites que distancian y unen inseparablemente periodismo y literatura". A cada una de estas esquinas dedica una parte y dentro de cada una se incluyen tres o cuatro capítulos, de extensión muy parecida. Las partes tienen los siguientes enunciados: "El periodista dentro de casa", "El periodista ante una situación de conflicto" y "Entre el periodismo y la literatura". Todo el libro es indudablemente recomendable para profesionales y estudiosos del campo de la Periodística, pero, desde mi apreciación personal, los capítulos que yo recomendaría de modo especial son éstos: "El periodista en su soledad", un tierno y sentido homenaje al desaparecido Pepe Guzmán, "Los límites de la verdad", sobre los conflictos éticos del trabajo informativo, y "La tertulia, un género de moda", donde disecciona con gran agudeza estas manifestaciones tan en boga hoy en radio y televisión. "Podría decirse -dice en este apartado- que está de moda la opinión (...) Mientras los columnistas ganan cada día más espacio en las páginas de los diarios, los tertulianos han invadido el espacio aéreo de las ondas radiofónicas y han pretendido incluso instalarse en la televisión de cada hogar". Este texto se publicó originariamente en 1996. Pero a la vista de los últimos datos podemos decir, nueve años después, que la tertulia está también sólidamente asentada hoy en las pantallas de TV de todos los hogares españoles.

JOSÉ LUIS M. ALBERTOS

Universidad Complutense de Madrid

LÓPEZ, Guillermo, 2005: *Modelos de comunicación en Internet*, Valencia, Librería Tirant lo Blanch, 264 páginas.

El libro que ha publicado el profesor López ofrece una visión de conjunto del desarrollo de Internet en los últimos años desde la perspectiva de la comunicación. No descende, por tanto, al detalle del trabajo que se lleva a cabo en las redacciones sino que proporciona una visión global de los modelos comunicativos con los que se ha podido contar hasta ahora. Y resulta verdaderamente útil porque resume buena parte de los datos disponibles sobre esta cuestión en algo más de doscientas cincuenta páginas estructuradas con lógica y ajustadas al tema que recoge el título.

La distribución del contenido se hace mediante tres bloques que se fragmentan, a su vez, en capítulos. El primero de esos bloques se refiere a las características generales de la información en la Red, y comienza por abordar el funcionamiento de Internet en un breve capítulo de carácter tecnológico. Continúa con las posibilidades de estos nuevos modelos, y aquí se detiene más para explicar el advenimiento de la sociedad de la comunicación, la incidencia de la instantaneidad, la ruptura de la periodicidad, la universalidad de la Red y su capacidad de almacenamiento. El carácter multimedia de los medios digitales, la hipertextualidad y la interactividad completan el contenido de este capítulo, al que complementa un tercero centrado en la producción de contenidos y en las diferentes tipologías propuestas hasta ahora.

En el segundo bloque el autor proporciona una muestra de los modelos comunicativos dividiéndolos en interpersonales y de masas, en función de los intereses comunicativos de las audiencias, y dedicando a cada uno de ellos un capítulo completo. El que recoge los denominados interpersonales hace un recorrido descriptivo que divide tales modelos teniendo en cuenta las diferencias entre comunicación sincrónica y comunicación asincrónica, y se refiere a los chats, las redes P2P, los juegos en la red, el correo electrónico, las listas de distribución, los grupos de noticias, los foros de debate o las encuestas, entre otros.

Admite el autor que, de todos ellos, es el chat el más estudiado. Comenzó con la utilización casi exclusiva del texto, que sigue siendo el elemento básico, pero poco a poco se han ido añadiendo imágenes, sonido o enlaces y ahora es posible la comunicación con todos los formatos y en todos los niveles. Hace alusión a que se han publicado tanto estudios lingüísticos y sociopolíticos como trabajos que lo contemplan como comunidad virtual. Y a esto habría que añadir que es también considerado por distintos autores -Armentia, Casasús- como un género nuevo y específico del periodismo en Internet.

Entre sus características lingüísticas cita Guillermo López la importación de vocablos de otras lenguas, sobre todo del inglés, la comprensión de los mensajes con abundante utilización de siglas y abreviaturas para reducirlos todo lo posible y el riesgo de generar decodificaciones aberrantes de los mensajes. Para solucionar de alguna manera este riesgo se ofrecen dos posibles soluciones: la apelación continua al

interlocutor y un uso habitual de la iconografía concretado, sobre todo, en los emoticones.

Los modelos comunicativos de masas revisan la trayectoria de las páginas personales, los weblogs, las páginas de asociaciones, instituciones y empresas, los portales, los cibermedios... Y en una descripción ajustada expone las aportaciones con las que se puede contar en estos momentos acerca de todas estas modalidades comunicativas que no siempre se pueden enclavar dentro de lo que se considera periodismo.

Hay un tercer bloque que presenta, en primer lugar, un conjunto de cifras tanto españolas como internacionales que muestran el recorrido de la utilización de Internet en función de los diferentes idiomas, los distintos niveles de población y los variados perfiles de las audiencias. Para el caso español se utilizan principalmente datos del EGM (Estudio General de Medios) y la OJD (Oficina para la Justificación de la Difusión), que recientemente ha cambiado de nombre. Y, finalmente, se tocan en el último capítulo dos cuestiones espinosas: los aspectos jurídicos relacionados con la reglamentación de los derechos de autor -que en la Red se pueden ver vulnerados con más facilidad que en otros soportes- y las dificultades que, también en el marco jurídico, tienen la industria del *software*, la industria cultural y los medios de comunicación, en general.

Se trata pues de un texto que abarca aspectos muy distintos de lo que ha supuesto la irrupción de Internet en la sociedad y, por ese motivo, puede resultar disperso. Sin embargo, la ajustada estructura del índice y el cuidado desarrollo expositivo consiguen que los capítulos que componen este trabajo lleguen a formar una unidad que aporta datos interesantes y ofrece un resultado final que facilita una perspectiva global de lo que ha sido hasta ahora el ciberespacio.

CONCEPCIÓN EDO

Universidad Complutense de Madrid

MARTINEZ SOLANA, Yolanda, 2004: *La Comunicación Institucional*, Madrid, Editorial Fragua, 205 páginas.

Como se dice en el prólogo, “este manual de la profesora Yolanda Martínez Solana puede ser un eficaz prontuario para la orientación teórica y el manejo bibliográfico al servicio de los estudiosos del campo de las Relaciones Públicas, estén o no encuadrados profesionalmente dentro de un gabinete de comunicación en alguna empresa o institución, pública o privada. Es decir: un vademécum útil para transitar entre los mensajes incitativos y los mensajes periodísticos dentro del conjunto de fenómenos de comunicación colectiva característicos de nuestras actuales sociedades de masas.”

El texto *La Comunicación Institucional* lleva un subtítulo que resulta sumamente revelador de las intenciones pedagógicas de su autora: *Análisis de sus problemas y soluciones*. Efectivamente, la finalidad evidente de este libro es la de facilitar, en un primer momento, un conjunto de referencias teóricas y prácticas para sugerir después un abanico de fórmulas que permitan solucionar adecuadamente el reto comunicativo de cada caso. El objetivo del libro es hacer una propuesta de soluciones inteligentes para atender los problemas reales e inmediatos que presenta el ejercicio de la llamada comunicación institucional o comunicación corporativa. Es decir, una comunicación apoyada en la difusión de mensajes incitativos elaborados por los gabinetes de Relaciones Públicas que trabajan al servicio de grandes organizaciones (políticas, empresariales, culturales, etc.) y también, aunque en menor medida, al servicio de la imagen personal e individual de figuras eminentes aureoladas de cierta fama, es decir de personas más o menos representativas dentro del marco socio-político de cada instante.

Se explica así que el trabajo esté estructurado en dos partes claramente diferenciadas. La primera parte engloba los dos primeros capítulos -“Principios generales de la comunicación” y “Las diferentes caras de la comunicación social”- y tiene como objetivo la definición y asentamiento intelectual de las ideas básicas de una Teoría general de la Comunicación. Una vez precisados estos fundamentos necesarios, la autora pasa seguidamente al análisis y desarrollo de los conceptos más particularmente vinculados a disciplinas académicas concretas dentro del campo de la Publicidad y de las Relaciones Públicas. Esta segunda parte se articula igualmente en otros dos capítulos: “El gabinete de comunicación y la comunicación corporativa” y “El gabinete de comunicación ante una crisis”. En conjunto el libro está muy bien organizado y permite al lector ir avanzando progresivamente sin saltos en el vacío y anudando cada concepto nuevo con los elementos teóricos que la autora ha ido exponiendo con orden y claridad a lo largo de las páginas anteriores. Creo que es de justicia reconocer que el afán didáctico de la autora tiene su recompensa en el espléndido hallazgo que para el lector significa el último capítulo, donde la profesora Martínez Solana ejemplifica varias crisis informativas muy recientes y todavía vivas en la conciencia colectiva de los españoles: las “vacas locas” (2000-2001), el *Prestige* (2002) y, los atentados del 11-M en Madrid (2004). En ese mismo capítulo la autora hace la sugerencia de un modelo de gestión de una crisis informativa, rematando

esta propuesta con unas referencias muy atinadas a propósito del “gabinete de crisis”. Es posible que para algunos lectores con mucha experiencia en el trabajo específico de las Relaciones Públicas y los gabinetes de comunicación los “puntos” y “claves” que propone la autora puedan adolecer de un exceso de voluntarismo poco realista. Pero lo que no puede negarse es que estas consideraciones surgen a partir de una seria evaluación deontológica de lo que debe significar la actividad informativa de las oficinas y talleres a quienes se encomienda la comunicación institucional de las grandes firmas y organizaciones.

Deseo, finalmente, hacer una ligera valoración crítica acerca de la exposición de la bibliografía en este texto, sin que estos reparos supongan una descalificación y desmerecimiento de un libro que puede recomendarse como manual eficaz y muy útil dentro del campo de las comunicaciones corporativas. Estos fallos se dan con más frecuencia en la bibliografía final y en los dos primeros capítulos —los que exponen los conceptos clásicos de una Teoría general de la Comunicación— y se refieren especialmente a dos cuestiones: 1) No distingue adecuadamente desde el punto de vista tipográfico los libros completos de los capítulos o artículos que se integran como aportación parcial dentro de una obra total; 2) En el texto se atribuyen determinadas citas (de autores algunos de ellos tan clásicos como Lasswell, Janowitz o Schulze) a títulos que corresponden en realidad a las obras colectivas en las que se publicaron en algún momento los artículos originales: así por ejemplo (pág. 24) atribuye a Lasswell el libro colectivo *The Communication of Ideas*, siendo así que el trabajo de este autor, publicado varias veces en diferentes libros y en fechas diferentes, es “Estructura y función de la comunicación en la sociedad”. Con Janowitz y Schulze también se hace un pequeño lío (pág. 194): “Tendencias de la investigación en el campo de la comunicación de masas” (Buenos Aires, 1969) no es un libro, sino en realidad sólo el título del artículo de estos dos autores en el libro colectivo publicado en Argentina en dicha fecha; el título del libro es *Los efectos de las comunicaciones de masas*.

Volviendo al comienzo de esta reseña, hay que decir que la profesora Martínez Solana ha llevado a cabo su trabajo con un decidido propósito pedagógico y pragmático. No cabe duda de que estas páginas resolverán dudas y problemas a buena parte de sus lectores, especialmente a aquellos que acudan al texto con ánimo de documentarse y encontrar un asesoramiento directo y eficaz para las diferentes situaciones profesionales en las que puedan encontrarse. Estamos, como se dice en el prólogo, ante un manual que puede calificarse “como un vademécum útil para que los profesionales de la comunicación sepan transitar con comodidad y certeza entre el inabarcable campo de los mensajes incitativos y el riguroso mundo de los mensajes periodísticos”.

JOSÉ LUIS M. ALBERTOS
Universidad Complutense de Madrid

SALAVERRÍA, Ramón, 2005: *Redacción periodística en Internet*, Pamplona, EUNSA, Pamplona. 184 páginas

El periodismo en la Web, como se recuerda en el prólogo de este libro, ha cumplido sus diez primeros años. Es, desde luego, poco tiempo para poder hacer un balance que sea concluyente, pero ya podemos contar con algunos textos académicos que resultan verdaderamente interesantes para afrontar la docencia universitaria de esta materia. Y uno de esos textos es, sin duda, esta *Redacción periodística en Internet* que acaba de publicar el profesor Salaverría.

Asegura el autor que no ha querido escribir un análisis teórico sobre esta nueva variante de la redacción, sino un libro con utilidad didáctica que quiere, además, facilitar el trabajo a aquellos periodistas que quizá escriben ya en Internet pero no para Internet, porque todavía no han descubierto ni puesto en práctica las posibilidades que ofrece hoy el ciberespacio. Con este punto de partida, se ofrece a los lectores del libro una estructura lógica que comienza por describir sintéticamente el proceso que lleva del periodismo tradicional al ciberperiodismo, una nueva modalidad periodística que modifica los tres procesos básicos en los que se basa esta profesión: la investigación, la producción y la difusión.

Y se apunta con acierto que, aún considerando la realidad comprobada e inevitable ya de todos esos cambios, el ciberperiodismo no obliga a los profesionales de la prensa a comenzar desde cero. Las características clásicas del estilo periodístico, las normas ajustadas de la titulación informativa, el *lead* del sumario o la estructura textual de pirámide invertida siguen siendo aprovechables en la Red. Sin embargo, no son suficientes porque las exigencias comunicativas de los cibermedios requieren nuevos modelos.

Otras cuestiones que se abordan son el impacto de las herramientas digitales en la redacción, las técnicas de redacción ciberperiodística y los géneros a los que se puede recurrir en este ámbito. Respecto a las técnicas de redacción, queda a la vista que esta nueva plataforma ofrece la posibilidad de multiplicar los itinerarios del discurso mediante el hipertexto, facilita la relación con los lectores a través de la interactividad y permite mejorar las posibilidades expresivas al hilo de la multimedialidad. Pero no suple una cualidad que sigue siendo imprescindible: escribir bien. Las cualidades básicas de la buena redacción, afirma el profesor Salaverría, perviven en la Red, y sin ellas el resultado final será un fracaso.

En este apartado se dedican varios epígrafes a la titulación. Y se puede afirmar que con una visión adecuada de su importancia porque, una vez comprobado el papel clave de la *home page* en el acceso a la oferta informativa de cada medio y en el número de visitas que recibe, los titulares se convierten en uno de los principales reclamos para los lectores. Así lo han demostrado ya los estudios realizados recientemente sobre la lectura periodística en Internet. La estructura del texto se incluye también en este apartado, así como el uso eficaz de los enlaces para desarrollar la narración y el estilo

más adecuado para contar las noticias.

El último capítulo se dedica íntegramente a los géneros que, en un primer momento, han sido una mera trasposición de los utilizados con éxito desde hace tantas décadas en el papel y, poco a poco, van proporcionando novedades específicas que responden a las características requeridas por el ciberespacio y que muestran la inevitable hibridación de los modelos ya conocidos entre sí y con los recién llegados.

Así, se desarrollan de forma ajustada tanto la noticia –que ya no respeta los cánones formales utilizados hasta ahora–, como el reportaje –ideal para la estructura hipertextual–, la entrevista –un género dialógico–, la crónica –en directo y de última hora– y el artículo. Acaba este elenco con un brevísimo apunte acerca de la infografía, a la que diferentes profesores, entre los que me encuentro, nos hemos referido ya desde hace años como un género con entidad propia aunque en determinados casos sea conveniente utilizarlo como género complementario.

Nos encontramos, pues, ante un texto que merece la pena leer y recomendar y al que se le puede poner un único inconveniente que ya apunta el propio autor en el prólogo: tiene, como todo lo que se está escribiendo en estos primeros años sobre el periodismo en Internet, carácter temporal, caducidad. Pero esa circunstancia inevitable no le quita ningún valor a un libro que cuenta también con una virtud que facilita el trabajo a los profesores y a los alumnos: es breve y sistemático y, además, ofrece una bibliografía actualizada y ceñida al tema.

CONCEPCIÓN EDO

Universidad Complutense de Madrid